

CRISIS

Las crisis económicas entran siempre en mi casa acompañadas de una extraña y megalomaniaca deformación del lenguaje. Así, a la pescadilla la llamaban merluza, a la asistenta doncella y a la gaseosa: champán. Venía a ser como en los buenos tiempos, cuando a la querida se la llamaba esposa para poder compartir habitaciones de hotel y pasearla dignamente por San Sebastián. En cambio, a la esposa —con crisis o sin ella— ni se la llamaba. No obstante, resultaba curioso cómo, sin llamarla nunca, estaba siempre. Quizá por esto resultaba tan pesado el matrimonio. El caso es que las crisis llegaban y el lenguaje tomaba ese aire tan singular con que ahora nos informan los po-

líticos del estado de nuestra economía. Es decir, cambiaban el nombre a la pescadilla y creíamos comer merluza. En la tierra del «pan, pan y el vino, vino» la semántica manipulada se encargaba de que el gato pariese liebres y el seiscientos se transformase en «haiga». Hoy en nuestro país, habría que añadir otro curioso fenómeno: las crisis llegan precedidas por otras crisis extranjeras, de manera que, sólo cuando los demás países están absolutamente arruinados, hemos de apretarnos ligeramente el cinturón. Entre tanto, un día se anuncian pesimismo de otoño y al siguiente nos cuentan que la renta per cápita ha subido no sé qué tanto por ciento. Otro día nos atemorizan con un futuro de restricciones y en unas pocas horas nos informan de que la industria crecerá, la bolsa se mantendrá firme y el turismo aumentará nueve o diez millones de veces. Puede ser por esto por lo que hay tanta gente sin paladar. Puede ser por esto por lo que hay tanta gente que no sabe si lo que está comien-



do es merluza, pescadilla o buñuelos de viento. Lo que sí es cierto es que, al igual que la esposa, la crisis viene sin llamarla. Aunque, al contrario que la crisis, la esposa no llega jamás precedida de una extranjera. Y es una pena, porque si esta contumacia marital de nuestras señoras pudiera igualarse a la veleidad de nuestras crisis, al menos podríamos hacer boca en brazos de hermosas napolitanas, sin que la crisis nos confundiera tanto —gaseosa por champán— que llegara a parecernos vislumbrar un esperanzador futuro en los brazos Cassius Clay.

TOLA



HERMANO CELO

VIENE ya algún vientecillo frío; alguna España tiritita por las noches, algunas hojas amarillean: se aproxima el otoño, cuando todavía no se ha ido el verano. Las sucesiones son muy raras esta temporada. Dicen que este tiempo intermedio es la estación de celo del hombre; un leve vestigio de la prehistoria, de la época feliz de la horda, en la que había un período de celo. Por lo que yo recuerdo de mis siglos jóvenes, entonces el celo era permanente. También dicen que los políticos entran en celo en primavera y no es verdad: todo el año tienen el tirón terrible del celo por el poder. Con p, no como el otro. En alguno de mis siglos, los caballeros pasaban horas estacionados frente a la parada del tranvía de mulas para ver a las damiselas subir al estribo: descubrían entonces un lindo tobillo —bien torneado, se decía— y los voyeurs experimentaban una sensación infinita de placer. ¡Tiempo de tobilleras! Y es que la pornografía es algo puramente subjetivo; lo único que pueden hacer los censores es determinar los márgenes, altos o bajos, laterales o centrales. En el Islam, los hombres se estremece al ver una naricilla y unos ojazos sobre un velo y bajo una toca; hay morillas que se bañan en las playas con bikini pero conservando el velo sobre la cara, y los machos de la especie se sientan

al sol esperando que una ráfaga de viento levante el velo y puedan ver, cielo santo, la roja y estimulante boca.

En este Islam hispánico queda poco o nada por apreciar de las pequeñas zagalas, sobre todo desde que se inventaron estos terribles pantalones ceñidos, con nodos y meandros. A alguna de estas enanillas le he oído confesar —a mi ya se me confiesa todo, porque se luzco viejo— que producen molestias, escocerías y hasta alguna que otra erupción, pero que como nadie ha de verlo... Todo lo soportan con el heroísmo propio de la provocadora, de esta sacrificada vestal que quiere mantener encendido el celo del hombre. Que no decaiga un solo momento. Si Mary Quant ha muerto, después de diez años de reinado de la minifalda, otras Marys toman su relevo. La lucha es despiadada.

«En conjunto, una especie peligrosa», decía San Jerónimo después de haber estimado los valores de la mujer: «puerta del demonio, camino de la iniquidad, dardo del escorpión...».

Y quizá ahora que el vientecillo fresco, el amarillear de la hoja y la manta nocturna se producen, hasta los más ancianitos de la localidad notamos que San Jerónimo podía tener razón...

HERMANO FRANCISCO

HE FUNDADO UN GRUPO POLITICO

COMO no quiero ser menos que Tácito —que no sé quién es—, ni que Sebastián Auger ni que nadie, he fundado un grupo político, que no se llamará Desiderio, que era un tío siempre triste y siempre serio, sino que se llamará Pacita, como aquella novia que me dejó porque tiraba al monte. El grupo político está integrado por mi mismo y se propone incidir en la convivencia nacional a nivel de estructuras ideológicas, posibilitando un contraste de futuribles y presentando al país una propuesta de evolucionismo continuista siempre dentro de una legalidad contrastada, sometido a los reajustes ortodoxos de carácter sincrético que vaya dictando la coyuntura mercadocomunitaria y la evolución de los crudos. O sea, como todos.

Todavía no he dado a la Prensa la cena de presentación, porque no encuentro fecha libre. Como cada noche nacen cuatro o cinco grupos políticos en Madrid —como los quintillizos esos del otro día—, la Prensa anda cenando de acá para allá. De momento, he llamado al ABC:

—Si, oiga, que somos un grupo político que ha nacido no se sabe cómo aquí en Manoterías. Sí, ya tenemos nombre y sede social y todo: el Bar Manolo, donde tiene usted su casa, de nada, a

mandar. No, banderines no tenemos, ni camisetas, ni insignias. Oiga, que no somos un club de Tercera Regional, que somos un grupo político. Pacita, nos llamamos Pacita. No, no somos un tifón americano ni un huracán ni maricas ni nada. Nos llamamos Pacita porque nos sale y porque Pacita estaba muy buena. Oiga, a ver si ponen algo en el periódico, que venimos pegando. Sí, centristas, como los demás.

Pienso publicar editoriales ideológicos en los periódicos, pero de momento publico anuncios por palabras. Creo que cada español debe fundar su propio grupo político y dar una cena a la Prensa, que será una manera, entre otras cosas, de que la Prensa vaya cenando caliente, ahora que está sin papel. Actuar políticamente como individuo sería subversivo, incivil y difícil, porque además no hay cauces. Pero se constituye uno en grupo político y ya puede funcionar. Cuando cada ciudadano se haya constituido en su propio grupo político, habremos salvado para siempre el peligro disolvente de los partidos caducos y, con el achaque de las cenas a la Prensa, podremos cenar cada dos por tres fuera de casa, y volver a dormir a las tantas, que es de lo que se trata.

LORD

